



INTERESANTE RELACION de los perros del monte de san Bernardo.



Entre los gigantescos montes
que á Italia de Francia separan,
cubiertos de eternas nieves,
y en cuyo suelo no esmalta
la flor en la primavera
ni el alegre gilguero canta,
hay un Santo monasterio
que á san Bernardo consagra

su culto, y sirve de asilo
á cuantos por allí pasan.
Los monges por los barrancos
mas peligrosos se lanzan
en busca del caminante
que solo y perdido se halla.
Llevan por guia y ayuda
en expedicion tan árdua

unos perros, cuyo instinto
hace notable su raza.
Les colocan sobre el lomo
una mantilla de lana,
llevan colgada del cuello
cantimplora, ó calabaza,
llena de aguardiente, y corren
con agilidad estraña
por los mas ásperos riscos
y sendas mas escarpadas.
Si algun viagero distinguen
que sobre la nieve se halla
exánime, ó desmayado,
adonde está se abalanzan.
El calor le comunican
de su cuerpo, y reanimadas
las fuerzas del caminante
le ofrecen la calabaza,
con cuya ardiente bebida
de fortalecerle acaban,
y á su protegido se entregan
pues de la muerte le salvan.
A principio del pasado
siglo, sucedió que en Francia
una doncella se casó
sin que su padre aprobára
el enlace, con un jóven
de conducta muy honrada,
pero pobre, y los esposos
sin mas bienes ni esperauza
que la clemencia de Dios
abandonaron su patria.
Ciego de cólera el padre
el favor del Rey reclama
y en persecucion de entrambos
se puso con fuerza armada....
Logró indagar el camino

que los prófugos llevaban,
y con paso veloz llega
de los Alpes á la falda.
Hallábanse los amantes
en una humilde cabaña,
porque un temporal de nieve
el camino les cerraba,
cuando llegaron los soldados
que en su seguimiento andaban.
Les descubren el objeto
que los lleva á la montaña,
y al oirlo los esposos
con gran precaucion se escapan,
á pesar de que la nieve
y el huracan aumentaba.
Llevaba consigo en brazos
la jóven infortunada
á su hijo, que tres años
de edad apenas contaba;
sin auxilio, sin dinero,
sin una gota de agua,
y sin un pedazo de pan
que su hambre y sed aplacara,
tres dias fueron errantes
por entre aquellas montañas.
Bajo una robusta encina
sin poder seguir la marcha
estaba la pobre madre
con su hijo sobre la falda.
El esposo exasperado
quiso ir á ver si encontraba
alguna cueva ó peñasco
que sus vidas resguárdara.
Al atravesar un puente
formado de endebles tablas
descubrió un hombre que solo
descansando se hallaba.

A él se llega humildemente,
y con débil voz le habla.—
«Señor, dadme una limosna
por Dios, que el hambre me mata,
y mi muger y mi hijo
hace tres días que nada
han comido, y casi muertos
de hambre y frío se hallan.»—
El orgulloso Señor
volvióse y miróle la cara,
le reconoce, y con furia
al pobre jóven agarra.—
«Ya te tengo en mi poder
seductor infama, (esclama...)
dime donde está mi hija,
que he de saciar mi venganza
en los dos, para castigo
de su conducta liviana.»—
El jóven á quien las penas
ni aun respirar le dejaban,
acongojado y lloroso
cae postrado en sus plantas
implorando su perdon
y el de su consorte amada;
pero el padre mas airado
jura quiere matarla.
A sus voces acudieron
los soldados que se hallaban
allí cerca; mas al verlos
el jóven con brio se alza,
y al otro lado del puente
con ligereza se pasa.
Armando su débil diestra
con una cortante hacha
del puente en breves momentos
cortó las endebles tablas.
Rabioso y desesperado

mandó tirar una descarga
el viejo, mas el ruido
hizo temblar las montañas,
y enormes masas de nieve
de las cumbres se desgajan
que los sepultan en vida
y mueren entre mil ansias.
Por un milagro de Dios
el pobre jóven se salva,
y á merced de los esfuerzos
de su amorosa constancia,
muy cerca del monasterio
de san Bernardo llegaba,
cuando cayó sin aliento
de una roca escarpada.
Ya habia entrado la noche,
y la luna no alumbraba,
porque el cielo encapotado
de oscuras nubes estaba.
Entre el zumbido del viento
que con furia se desata
óyese el eco lejano
de un perro que ansioso ladra:
el olfato le conduce
y su instinto le señala
el parage en que está un hombre
que su socorro raelama.
Llega el perro, sus ahullidos
hasta al monasterio alcanzan,
se escucha en breve el sonido
de misteriosa campana
y todos los monges salen
con solicitud cristiana
hasta que encuentran al hombre,
del frio suelo le alzan,
y con amor le conducen
al abrigo de su estancia.

A favor de los socorros
vuelve en sí, recobra el habla,
y con débiles acentos
á su hijo y esposa llama.
Conocen luego los monges
que dos personas reclaman
sus socorros, y se esparcen
con los perros á buscarlas.
Y aun cuando la tempestad
por momentos arreciaba,
ni la nieve los estorba
que del cielo en globos baja,
ni el estampido del rayo
los intimida en su marcha.
Iluminando la esfera
cien relámpagos cruzaban
á cuya luz los senderos
y los precipicios salvan.
Seis horas llevan perdidas,
ya la aurora despuntaba,
cuando *Leon*, el mas diestro
de todos los perros, salta
desde una encumbrada roca
en un precipicio se lanza.
Con sus ahullidos avisa
que encontró lo que buscaba,
y los monges despreciando

los peligros allí bajan.
Un niño cuasi espirando,
y una muger desmayada
vieron, y con gran cuidado
á entrambas víctimas sacan.
Colocaron sobre el perro
al niño embuelto en la manta,
y el noble animal ufano
de peña en peña saltaba
hasta que llegó al convento
en donde el niño se salva.
A poco llegó su madre
de los monges ayudada,
allí los tiernos esposos
llenos de placer se abrazan,
acarician á su hijo,
y libres ya de asechanzas
á ser felices se vuelven
los tres á su amada patria.
Allí bendicen de Dios
las piedades sacrosantas
que á la inocencia y virtud
no deja desamparadas;
pues si hay hombres en el mundo
de condicion inhumana,
Dios le dá á los animales
la virtud que al hombre falta.
Es propiedad.

DE SALA DE VENTA
LORRAS
DESTA DEL TEATRO
PALMA



REUS:
Imprenta de Juan B. Vidal, calle Mayor.
1853.